

Acerca de la personalidad de José María Arguedas

MARIO MEJÍA HUAMÁN
ERNESTO OLIVER

RESUMEN. En el presente artículo se aborda la obra de José María Arguedas Altamirano (1911-1969). Se realiza una aproximación filosófica a su pensamiento y una interpretación psiquiátrica a su personalidad, revisando los diarios personales, escritos por el mismo autor, insertado en el V tomo de sus Obras Completas: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. En la primera parte, se plantean preguntas que surgen de los mismos documentos, como son: el pensamiento de sí mismo, origen de la fuerza creadora del indio, sus objetivos que persiguió como escritor. En la segunda parte se expone la filosofía que le dio sentido de existencia; y, en la parte tercera planteamos una interpretación psicopatológica de su personalidad. Finalmente, en la cuarta parte presentaremos la conclusión del trabajo.

PALABRAS CLAVE: Personalidad, la visión occidental, aculturado, mundo andino, concepción mágica, mestizo, sincretismo, cultura, identidad.

ABSTRACT. This article addresses the work of José María Arguedas Altamirano (1911-1969). It takes a philosophical approach to his thinking and his personality psychiatric interpretation, reviewing personal diaries, written by the same author, which were inserted in Volume V of his Complete Works: *“El zorro de arriba y el zorro de abajo”* (The Fox from Up Above and the Fox from Down Below). In the first part, questions are arisen. These questions are from the same documents, such as: the thought of himself, the source of the creative force of the Indian, the objectives he pursued as a writer. The second part presents the philosophy that gave meaning to his existence, and, in the third part we propose a psychopathological interpretation of his personality. Finally, we will present the conclusion of the study in the fourth Part.

KEY WORDS: Personality, western vision, acculturated, Andean world, magic conception, mixed race, syncretism, culture, identity.

Al comprender la existencia, hallamos la filosofía.
JOSÉ ARMANDO TAMAYO HERRERA

I

1. Conceptos y definiciones

1.1. *¿Cómo se define José María Arguedas?*

El escritor andahuaylino, en el discurso de agradecimiento al Instituto Nacional de Cultura que le otorgó el premio Inca Garcilaso de la Vega se define a sí mismo como:

... un individuo quechua moderno... (Arguedas, 1983: 13).

Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua (Arguedas, 1968: 14).

Estas citas nos permiten apreciar que él es un mestizo; que su ser y personalidad son fruto de la unión de las dos culturas, del conquistador y del conquistado y como tal considera que nuestro ser nacional debe consistir en la unión armoniosa de ambas raíces.

1.2. *La fuerza creadora de Arguedas*

En la recepción del premio indicado, Arguedas sostuvo que:

... gracias a la conciencia que tenía del valor de su cultura, pudo ampliarla y enriquecerla con el conocimiento, la asimilación del arte creado por otros pueblos que dispusieron de medios más vastos para expresarse (ob. cit.: 13).

Contagiado para siempre de los cantos y los mitos, llevado por la fortuna hasta la Universidad de San Marcos, hablando por vida el quechua... (ob. cit.: 13).

Consideramos que sus palabras son un imperativo categórico a seguir. Solo la información y el conocimiento de las demás culturas nos van a permitir conocer y apreciar nuestra cultura, por lo que el pueblo indígena, hoy llamado «campesino», segregado por todos los regímenes, desde la invasión europea, debe ser promocionado primero con la educación. Solamente conociendo nuestra cultura en confrontación con las demás culturas podremos apreciarla en toda su dimensión.

1.3. *Objetivos de la obra de José María Arguedas*

En el documento que analizamos,

... porque siento que representa el reconocimiento a una obra que pretendió difundir y contagiar en el espíritu de los lectores el arte de un individuo quechua moderno [...] La ilusión de juventud del autor parece haber sido realizada.

Arguedas no concibe que:

...la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir se aculture.

El autor sostiene que él:

No tuvo más ambición que la de volcar en la corriente de la sabiduría y el arte del Perú criollo el caudal del arte y la sabiduría de un pueblo al que se conservaba degenerado, debilitado o «extraño» e «impenetrable» (ob. cit.: 14), pero que, en realidad, no era sino ... un gran pueblo...

Manifiesta José María y dice:

intenté convertir en lenguaje escrito lo que era como individuo: un vínculo vivo, fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa, humana de los opresores. El vínculo podía universalizarse, extenderse; [...] El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir.

Deseaba convertir esa realidad en lenguaje artístico y tal parece, según cierto consenso más o menos general, que lo he conseguido. Por eso recibo el premio Inca Garcilaso de la Vega con regocijo.

Arguedas termina su discurso de agradecimiento y manifiesta con humildad:

Ojalá no haya habido mucho de soberbia en lo que he tenido que hablar; les agradezco y les ruego dispensarme.

Estas fueron las palabras de agradecimiento por el premio recibido; sin embargo, Arguedas tenía otro objetivo oculto:

Escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad. Pero como no he podido escribir sobre los temas elegidos, elaborados, pequeños o muy ambiciosos, voy a escribir sobre el único que me atrae: esto de cómo no pude matarme y cómo ahora me devano los sesos buscando una forma de liquidarme con decencia, molestando lo menos posible a quienes lamentarán mi desaparición y a quienes esa desaparición les causará alguna forma de placer (ob. cit.: 17-18).

Voy a tratar, pues, de mezclar, si puedo, este tema que es el único cuya esencia vivo y siento como para poder transmitirlo a un lector; voy a tratar de mezclarlo y enlazarlo con los motivos elegidos para una novela que, finalmente, decidí bautizarla: «El zorro de arriba y el zorro de abajo»; también lo mezclaré con todo lo que en tantísimos instantes medité sobre la gente y sobre el Perú, sin que hayan estado específicamente comprendidos dentro del plan de la novela (ob. cit.: 18).

1.4. *Situación del pueblo para José María Arguedas*

El escritor andino considera que el pueblo está:

... oprimido por el desprecio social, la dominación política y la explotación económica en el propio suelo donde realizó hazañas por las que la historia lo consideró como gran pueblo (ob. cit.: 13).

Arguedas piensa que:

... los muros aislantes y opresores no apagan la luz de la razón humana y mucho menos si ella ha tendido siglos de ejercicio; ni apagan, por tanto, las fuentes del amor de donde brota el arte (ob. cit.: 13).

Afirma que en el mundo:

No hay país más diverso, más múltiple en variedad terrena y humana; todos los grados de calor y color, de amor y odio, de urdimbre y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores (ob. cit.: 14)¹.

No por gusto, como diría la gente llamada común, se formaron aquí Pachacamac y Pachacutec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la agricultura de 4,000 metros; patos que halan en los lagos de altura donde todos los insectos de Europa se ahogarían; picaflores que llegan hasta el sol para beberle su fuego y llamear sobre las flores del mundo (ob. cit.: 14).

Sostiene que en el Perú:

Imitar desde aquí a alguien resulta algo escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta qué tiempos, pero en arte podemos ya obligarlos a

1 Esto es lo que también hemos venido defendiendo al proponer que la Filosofía Andina debe fundarse en nuestra racionalidad (*yuyay*), que es una racionalidad que parte de la experiencia vivida, que a diferencia de la racionalidad occidental, no debe borrar lo mágico de nuestra cultura, como es la solidaridad y la afectuosidad del hombre andino.

que aprendan de nosotros y los podemos hacer incluso sin movernos de aquí mismo (ob. cit.: 14).

1.5. *El concepto de libertad de José María Arguedas*

El autor considera que el indio a pesar del muro del abandono del Estado y de estar arcaizado, conserva su libertad, sobre todo en el arte, por ello escribe:

Dentro del muro aislante y opresor, el pueblo quechua, bastante arcaizado y defendiéndose con el disimulo, seguía concibiendo ideas, creando cantos y mitos. Y bien sabemos que los muros aislantes de las naciones no son nunca completamente aislantes (ob. cit.: 13).

II

2.1. *La filosofía como contenido de vida y sentido de existencia*

Consideramos que ni la ciencia ni la tecnología ni las artes permiten una totalidad de visión, solo la filosofía es capaz de ello como sostienen, entre otros, Bertrand Russell, Fernando Savater y José Tamayo Herrera. Solo la filosofía puede darnos contenido de vida y finalmente sentido de existencia; así el último filósofo escribe:

La existencia enfrenta al mundo desde que aparece en él, se ve metida en él sin su anuencia ni voluntad. Podríamos decir que la existencia enfrenta al mundo, aun contra su íntimo deseo; por eso hay gentes que huyen de la vida, se auto eliminan, precisamente porque están hastiadas de enfrentar al mundo (Tamayo, 1964: 23-24).

José María Arguedas respecto a su ideología escribe:

Fue leyendo a Mariátegui y después a Lenin que encontré un orden permanente en las cosas; la teoría socialista no solo dio un cauce a todo el porvenir sino a lo que había en mí de energía, le dio un destino y lo cargó aun más de fuerza por el mismo hecho de encauzarlo (ob. cit.: 14).

De la cita, podemos inferir que para José María Arguedas, la ideología no era algo que se aprende de memoria y se repite como la enseñanza de un catecismo tradicional, sino, un sistema de ideas que penetran hasta lo más profundo del ser, le confieren contenido de vida, lo fortalecían, le llenaban de energía y daban sentido y orientación a su existencia; ello le permitía mostrar la situación real del indio y buscar la conciliación del mundo opresor y del oprimido en una sola nación. Entonces escribe:

¿Hasta dónde entendí el socialismo? No lo sé bien. Pero no mató en mí lo mágico (ob. cit.: 14).

Añade el escritor:

No pretendí jamás ser un político ni me creí con aptitudes para practicar la disciplina de un partido, pero fue la ideología socialista y el estar cerca de los movimientos socialistas lo que dio dirección y permanencia, un claro destino a la energía que sentí desencadenarse duramente la juventud (ob. cit.: 14).

La ideología socialista dio a José María Arguedas el sentido de existencia, lo cual afloraría en todo su existir y su praxis de investigador y difusor de la concepción del mundo, cuyo derrotero no sería sino la unión de todas las sangres.

Pero este discurso no estaría completo —manifiesta el escritor andahuaylino— si no explicara que el ideal que intenté realizar... en mi primera juventud estaba cargado de una gran rebeldía y de una gran impaciencia por luchar, por hacer algo... Las dos naciones de las que provenía estaban en conflicto: el universo se me mostraba encrespado de confusión, de promesas, de belleza más que deslumbrante, exigente (ob. cit.: 14).

El otro principio fue el de considerar siempre al Perú como una fuente infinita para la creación. Perfeccionar los medios de entender este país mediante el conocimiento de todo cuanto se descubre en otro mundo (ibídem: 14).

En el diario del 10 de mayo de 1968 escribe respecto al socialismo:

¡Querido hermano Pachequito, Teniente en Pinar del Río y tú, Chiqui, de la Casa de las Américas: cuando llegue aquí un socialismo como el de Cuba, se multiplicarán los árboles y los andenes que son tierra buena y paraíso! (ibídem: 18).

2.2. *La pérdida de su contenido de vida y sentido de existencia*

En su *Primer diario*, escrito en Santiago de Chile, el 10 de mayo de 1968, el autor escribe:

En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944 hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia y estuve casi cinco años neutralizado para escribir (ibídem: 17).

2.3. *Encuentro de contenido de vida y sentido de existencia*

En cierta ocasión, el filósofo andino, Francisco Miró Quesada me manifestó que José María Arguedas había decidido suicidarse y que probablemente su último deseo habría sido visitar uno de los lenocinios populares del Callao, donde conoció a una morena, sobre cuyos muslos habría recobrado el contenido de vida y el sentido de su existencia; pero, mejor leamos lo que el mismo escritor anota al respecto:

El encuentro con una zamba gorda, joven, prostituta, me devolvió eso que los médicos llaman «tono de vida». «El encuentro con aquella alegre mujer debió ser el toque sutil, complejísimo que mi cuerpo y alma necesitaban para recuperar el roto vínculo con las cosas. Cuando ese vínculo se hacía intenso podía transmitir a la palabra la materia de las cosas (ibídem: 17).

2.4. *Dialéctica entre la pérdida y el reencuentro*

Pero ese hálito de vida recobrado por Arguedas con la morena, no le fue permanente. Sus represiones y traumas de la infancia y la juventud, enfriaron muy pronto su alma ardiente de pasión por hacer conocer lo andino; pensamos que las siguientes visitas a la joven morena no llenaron más el vacío de su mente y no pudieron recargar más su fuerza existencial; de tal suerte que escribe:

Desde ese momento he vivido con interrupciones, algo mutilado. El encuentro con la zamba no pudo hacer resucitar en mí la capacidad plena de la lectura. En tantos años he leído solo unos cuantos libros. Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio. Porque, nuevamente me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y no deseo, como en abril del 66, convertirme en un enfermo inepto, en un testigo lamentable de los acontecimientos (ibídem: 17).

Entonces, José María se sumerge como el *wayronqo*² en el *ayaq zapaton*³, para revolcarse en su polen y sentir el rito de la agonía y la lucha entre la vida y la muerte:

En abril del 66 esperé muchos días que llegara el momento más oportuno para matarme. Mi hermano Arístides tiene un sobre que contiene las reflexiones que explican por qué no podía liquidarme tal y cual día.

Hoy tengo miedo, no a la muerte misma sino a la manera de encontrarla. El revólver es seguro y rápido, pero no es fácil de conseguirlo.

2 Abejorro.

3 Zapatos del muerto: una flor amarilla en forma de pantuflas.

Me resulta inaceptable el doloroso veneno que usan los pobres en Lima para suicidarse; no me acuerdo del nombre de ese insecticida en este momento (ibídem: 17).

Visto así Arguedas, nos parece valiente ante la muerte y valiente en la búsqueda del medio más eficaz para efectivizar su decisión, pero no, leamos su confesión:

Soy cobarde para el dolor físico y seguramente para sentir la muerte. Las píldoras —que me dijeron que mataban con toda seguridad— producen una muerte macanuda, cuando matan. Y si no, causan lo que yo tengo, en gentes como yo, una pegazón de la muerte en un cuerpo aún fornido. Y esta es una sensación indescriptible: se pelean en uno, sensualmente, poéticamente, el anhelo de vivir y el de morir. Porque quien está como yo, mejor es que muera (ibídem: 17).

Es maravillosamente inquietante esta preocupación mía. Y de muchos, por arreglar el suicidio de modo que ocurra de la mejor forma posible. Creo que es una manifestación natural de la vanidad, de la sana razón y quizá del egoísmo que se presentan bien disfrazados de generosidad, de piedad (ibídem: 17).

Arguedas añade:

Anoche resolví ahorcarme en Obrajillo de Canta o San Miguel, en caso de no encontrar un revólver. Ha de ser feo para quienes me descubran, pero me he asegurado de que el ahorcamiento produce una muerte rápida (ibídem: 18).

2.5. *La catarsis y gozo íntimo de Arguedas*

De la lectura de sus *diarios* podemos inferir que el ser de José María era andino, encontraba su ser al respirar el aire puro de las quebradas verdes en verano, o el aire fresco del amarillento altiplano en invierno o, quizá, de la quebrada después de la cosecha. El contacto con la naturaleza le daba cierto alivio a su alma deseosa de tranquilidad y paz; así escribe:

En Obrajillo y San Miguel podré vivir unos días rascándole la cabeza a los chanchos mostrencos, conversando muy bien con los perros y hasta revolcándome en la tierra con algunos de esos perros chuscos que aceptan mi compañía hasta ese extremo. [...] Muchas veces he conseguido jugar con los perros de los pueblos, como perro con perro (ibídem: 18).

Sí; no hace quince días que logré rascar la cabeza de un nionena (chanchito) algo grande, en San Miguel de Obrajillo. Medio que quiso huir, pero la dicha de la rascada lo hizo detenerse; empezó a gruñir con delicia, luego (¡cuánto me cuesta encontrar

los términos necesarios!) se derrumbó a pocos y, ya echado y con los ojos cerrados, gemía dulcemente (ibídem: 18).

Pareciera que en estos hechos aflorara la ausencia de cariño del que careció siempre José María. No tuvo una madre como los otros niños que al tropezar y caer amorosamente lo levantara y apachurrara contra su pecho; que le demostrara su amor haciendo cosquillas en la cabeza o, al joven o adulto Arguedas, le dieran un ósculo cargado de emoción y pasión.

Arguedas da muestra de vivir ya con un pie hacia la muerte, próximo a la nada existencial; sin saberlo quizá, siente que ha sido lanzado a la existencia sin su anuencia, de tal suerte que, aun en los momentos más sublimes de la tranquilidad y paz, invade su visión del mundo, de la vida y la existencia, el deseo irrenunciable de la muerte, que parece encontrarse a la vuelta de la esquina, unos pasos más allá, al final de la catarata o al fondo del *ayaq zapaton*.

La alta, la altísima cascada que baja desde la inalcanzable cumbre de rocas, cantaba en el gemido de ese nionena, sus cerdas duras que se convirtieron en suaves; y el sol tibio que había caldeado las piedras, mi pecho, cada hoja de los árboles y arbustos, caldeando de plenitud, de hermosura, incluso el rostro anguloso y enérgico de mi mujer, ese sol estaba mejor que en ninguna parte en lenguaje del nionena, en su sueño delicioso (ibídem: 18).

José María escribe:

Las cascadas de agua del Perú, como las de San Miguel, que resbalan sobre abismo, centenares de metros en salto casi perpendicular y regando Andes donde florecen plantas alimenticias, alentarán en mis ojos instantes de morir (ibídem: 18).

Ellas retratan el mundo para los que sabemos cantar en quechua; podríamos quedarnos eternamente oyéndolas; ellas existen por causa de esas montañas escarpadísimas que se ordenan caprichosamente en quebradas tan hondas como la muerte y nunca más fieras de vida; falderíos bravos en que el hombre ha sembrado, ha fabricado chacras con sus dedos y sus sesos y ha plantado árboles que se estiran al cielo desde los precipicios, se estiran con transparencia. Árboles útiles, tan bárbaros de vida como ese montonal de abismo del cual los hombres son gusanos hermosísimos, poderosos, un tanto menospreciados por los diestros asesinos que hoy nos gobiernan (ibídem: 18).

Recordando su viaje a Cuba escribe:

Aunque a mí ya no me cantan con toda la vida porque el cuerpo abatido no arde ya sino temblequeando. ¡Esa es, pues, la muerte, y la muerte también es necesaria, es conveniente! Sí, es tan sencillo... (ibídem: 19).

Para los impacientes son inaceptables los días de cama o de invalidez previos a recibir la muerte. No; no los soportaría. Ni soporto vivir sin pelear, sin hacer algo para dar a los otros lo que uno aprendió a hacer y hacer algo para debilitar a los perversos egoístas que han convertido a millones de cristianos en condicionados bueyes de trabajo. No detesto el sufrimiento sin menoscabar su poder (ibídem: 19).

Arguedas se siente grande y poderoso como el hombre de Blas Pascal, cuando mira al infinito, pero también débil y miserable cuando agacha la cabeza y ve su finitud, por ello escribe:

Quizá el sufrimiento sea como la muerte para la vida. El hombre sufrirá, más tarde, por los esfuerzos que haga por llegar físicamente, que es la única llegada que vale, a las miríadas de estrellas que desde San Miguel podemos contemplar con una serenidad feliz que, aún a los condenados como yo, nos tranquilizan por instantes. Siempre habrá mucho que hacer (ibídem: 19).

José María se esfuerza por escribir a pesar de su debilidad, pero debe hacerlo por sí mediante el bolígrafo podría recuperar su sentido y contenido de vida; por ello manifiesta:

Ayer escribí cuatro páginas. Lo hago por terapéutica, pero sin dejar de pensar en que podrán ser leídas. ¡Qué débil es la palabra cuando el ánimo anda mal! (ibídem: 19).

Tan grave serían sus males que textualmente nos dice:

... yo me convertí en ignorante de 1944. He leído poco desde entonces... (ibídem.: 19).

Arguedas vive una confusión de estados de grandes recuerdos y entusiasmo por la vida, pero muy pronto se nubla su mente como el cielo serrano en verano:

Me acordé de la primera vez que te conocí en Berlín, de cómo te llevé del brazo al ómnibus, con cuánta felicidad, como cuando, ya profesional, volví a encontrar a Felipe Maywa, en San Juan de Lucanas y ¡de repente! me asentí igual a ese gran indio al que miraba en la infancia como a un sabio, como a una montaña condescendiente. ¡Igual a él! Y mientras los otros poblanos me doctoreaban estropeándome hasta la

luz del pueblo, él, don Felipe, me permitió que lo tomara del brazo Y sentí su olor de indio, ese hálito amado de la bayeta sucia de sudor. Y abracé a don Felipe de igual a igual. Don Felipe tiene pequeña estatura —aún vive—. Yo soy mediano, le llevo bastante en tamaño, Pero nos miramos de hombre a hombre.

... Nos miramos abrazados, ante el otro tipo de asombro de los poblanos, indio y wiraqocha vecinos notables que estaban respetándome, desconociéndome.

¡Si yo era el mismo, el mismo pequeño que quiero morir en un maizal del otro lado del río Huallpamayo, porque don Pablo me arrojó a la cara el plato de comida que me había servido la Facundacha! (ibídem: 19).

Arguedas constata empíricamente que ni las píldoras de Seconal ni sus oraciones fueron eficaces, como nos manifiesta:

Pero en el maizal, solo me quedé dormido hasta la noche. No me quiso la muerte, como no me aceptó en la oficina de la Dirección del Museo Nacional de Historia, de Lima. Y desperté en el Hospital del Empleado. Y vi una luz melosa, luego el rostro muy borroso de gentes. (Una boticaria no me quiso vender tres píldoras de Seconal; dijo que con tres podría quedarme dormido para no despertar; y yo me tomé treinta y siete. Fueron tan ineficaces como la imploración que le dirigía la Virgen, llorando, en el maizal de Huallpamayo.). (ibídem: 19).

Al día siguiente José María extrañado escribe:

Bueno, voy a releer lo que he escrito; estoy bastante confundido, pero, aunque muy agotado por el dolor a la nuca, algo más confiado que ayer en el hablar. ¿Qué habré dicho, Juan? (ibídem: 20).

No sabemos exactamente su concepción respecto a la muerte, pero quizá en sus viajes por Francia, España o Estados Unidos de Norteamérica haya podido tener contacto con el existencialismo y su visión de la muerte. Su contacto probablemente haya sido indirecto; en sus diarios nada encontramos al respecto, porque en el ambiente de entonces se respiraba un aire enrarecido de *existencialismo* popular o vulgar. *El ser y el tiempo* de Martín Heidegger (1983), así como el *Ser y la nada*, de Jean Paul Sartre tuvieron poca difusión en el mundo de habla castellana. El existencialismo vulgar, se podía apreciar en los jovencitos o adultos entre los 60 y 70, quienes caminaban con la ropa descuidada, las barbas sin afeitar, el pelo crecido y sin peinar, caminaban como quien está pensativo y que decían o componían poesías y discursos ininteligibles.

Pero, volviendo al tema, en el *Ser y la nada* de Sartre podemos leer:

Después de haber parecido la muerte lo inhumano por excelencia, puesto que era lo que hay del otro lado del «muro», se ha visto de pronto la posibilidad de considerarla

desde un punto de vista opuesto, es decir, como un acaecimiento de la vida humana (Sartre, 1983: 650).

Este cambio es perfectamente explicable: la muerte es un término, y todo término (sea final o inicial) es un Janus bifrons: ora se lo encare como adherente a la nada de ser que limita al proceso considerado, ora, al contrario, se lo descubra como aglutinado a la serie a la que pone término, ser que pertenece a un proceso existente y en cierto modo constituye su significación (ibídem: 650).

Así, el acorde final de una melodía mira por una faz hacia el silencio, es decir, hacia la nada de sonido que seguirá a la melodía; en cierto sentido está hecho con silencio, puesto que el silencio que seguirá está ya presente en el acorde de resolución como significación de este; pero, por la otra faz, se adhiere a ese plenum de ser que es la melodía considerada: sin él la melodía quedaría en el aire, y esta indecisión final remontaría contra la corriente, de nota en nota, para conferir a cada una de ellas un carácter inconcluso (ibídem: 650).

La muerte ha sido siempre —con razón o sin ella, pues no podemos determinarlo aún— considerada como el término final de la vida humana (ibídem: 650).

Continúa Sartre y escribe:

A Heidegger estaba reservado dar forma filosófica a esta humanización de la muerte: en efecto, si el *Dasein*⁴ no padece nada, precisamente porque es proyecto y anticipación, debe ser anticipación y proyecto de su propia muerte como posibilidad de no realizar más la presencia en el mundo. Así, la muerte se ha convertido en la posibilidad propia del *Dasein*; el ser de la realidad-humana se define como *Sein Zum Tode*⁵. En tanto que el *Dasein* decide de su proyecto hacia la muerte, realiza la libertad-para-morir y se constituye a sí mismo como totalidad por la libre elección de la finitud (ibídem: 651).

Sartre escribe que la muerte es una de las pruebas más genuinas del ser del hombre, el hombre ha sido lanzado a la vida sin su anuencia, que el hombre no es un ser eterno sino finito. El ser del hombre es ser para morir. No tenemos experiencia de la muerte, de allí la angustia existencial del hombre y nadie puede morir por nosotros sino cada uno.

Al respecto Bochenski escribe:

4 *Dasein*: Existencia, ser ahí.

5 *Sein zum tode*: Ser para morir.

... en la muerte la Existencia ni se halla acabada ni sencillamente desaparecida: el fin que significa la muerte quiere decir que la Existencia es un ser que termina. La muerte es una «posibilidad de ser», pero la más genuina señora e irrepitable posibilidad. El ser mismo de la Existencia es ser-para-la-muerte. La Existencia asume este modo de ser tan pronto como es (Bochenski, 1960: 186).

III

Aproximación psicopatológica a su personalidad

Para lograr nuestro objetivo, en esta parte, retomaremos algunas citas de los *Diarios* de José María Arguedas (1983: 13), explicados en la Primera Parte. Así tenemos que nuestro escritor manifiesta:

A mí me echaron por encima de ese muro (casta social) un tiempo, cuando era niño, me lanzaron en esa morada donde la ternura es más intensa que el odio y donde, por eso mismo, el odio no es perturbador.

Se refiere al sufrimiento de su niñez, reemplazado por el amor indígena.

Yo no soy un aculturado, yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua (ob. cit.: 13).

José María trata de precisar la doble cultura que él tiene.

En la primera juventud estaba cargado de una gran rebeldía y de una gran impaciencia por luchar, por hacer algo. Las dos naciones de las que provenía estaban en conflicto... (ob. cit.: 14).

Consideramos que Arguedas trata de buscar su identidad quechua y española, lo cual le genera gran confusión y conflicto personal de identidad.

El otro principio fue el de considerar siempre el Perú como una fuente infinita para la creación... No, no hay país más múltiple en variedad terrena y humana... (ob. cit.: 14).

Demuestra su profundo amor a su tierra, con una extraordinaria humildad andina. A partir de la confesión del autor:

En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944 hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia. En tantos años solo he leído

unos cuantos libros. Y ahora otra vez estoy en las puertas del suicidio. Porque, nuevamente me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y no deseo como en abril del 66, convertirme en un enfermo inepto, en un testigo lamentable de los acontecimientos (ob. cit.: 18).

Pensamos que José María plantea algunos brotes depresivos de manera secuencial y su incapacidad para todo quehacer nos hace atisbar su probable dolencia psíquica. Manifiesta el autor:

Escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad. Pero como no he podido escribir sobre los temas elegidos, elaborados, pequeños o muy ambiciosos, voy a escribir sobre el único que me atrae: esto de cómo no pude matarme y cómo ahora me devano los sesos buscando una forma de liquidarme con decencia, molestando lo menos posible a quienes lamentarán mi desaparición y a quienes esa desaparición les causará alguna forma de placer.

El escritor, se halla planificando, estudiando, estructurando, «la mejor forma de lograr su muerte» y no fallar como en ocasiones anteriores; sin embargo todavía no deja de preocuparse por los seres que lamentarán su muerte, e irónicamente pone «algunos les causará placer».

Las cascadas de agua del Perú, como las de San Miguel, que resbalan sobre abismos, centenares de metros en salto casi perpendicular, y regando andenes donde florecen plantas alimenticias, alentarán en mis ojos instantes antes de morir. (ob. cit.: 18).

El agua, la tierra, es la vida, pero él le da un giro, planteando que lo alentarán en sus ojos antes de morir; si pese a que se puede encontrar, siempre en el deseo de morir, por ratos emerge el de seguir viviendo, así sea con una nimia vitalidad.

Todo el porvenir mío y de mi madrastra, que era patrona de don Felipe parecía depender de don Felipe Maywa. Así me parecía, no sé por qué; debía ser por algo. Y cuando este hombre me acariciaba la cabeza, en la cocina o en el corral de los becerros, no solo se calmaban todas mis intranquilidades sino que me sentía con ánimo para vencer a cualquier clase de enemigos, ya fueran demonios o condenados (ob. cit.: 24).

Se evidencia un reemplazo del padre, en el plano psíquico, no solo por la seguridad que le daba don Felipe a él, sino que lo prolongaba hasta la madrastra, planteándose una ligazón psicológica estrecha, cuando recibía cariño se le iban los temores e intranquilidades y se veía muy reforzado:

Este Roberto, hermano de Nicanor Parra, cantaba con otro tipo de soledad, aunque algo parecida; rasgaba la guitarra en cuecas como desesperadas, de alegría más ansiosa que disfrutada... Me contaba cosas de los prostíbulos y yo, cuentos de animales y condenados, que es mi fuerte. Roberto se emborrachaba hasta la agonía; yo me enfermo de soledad e ilusión quizá patológicas, y «por puro gusto» porque soy amado por buena y bella gente, como mi mujer por ejemplo (ob. cit.: 24).

Su existencia también tenía pequeños pero valiosos momentos de sentirse bien anímicamente, con el Roberto, hombre con el cual se comparaba y de hecho se sentía bien. Escribe José María:

Hice algo contraindicado anoche, contraindicado por mí. Cada quien toma su veneno, a sabiendas, de vez en cuando; y yo siento los efectos en estos instantes. En mi memoria, el sol del alto pueblecito de San Miguel de Obrajillo ha cobrado, de nuevo, un cierto color amarillo, semejante al de esa flor en forma de zapatito de niño de pechos, flor que crece o que prefiere crecer no en los campos sino en los muros de piedra hechos por los hombres, allá en todos los pueblos serranos del Perú. Esa flor afelpada donde el cuerpo de los moscones negrísimos, los huayrongo, se empolva de amarillo y permanece más negro y acerado que sobre los lirios blancos. Porque en esta flor pequeña, el huayrongo enorme, se queda, manotea, aletea, se embute. La superficie de la flor es afelpada, la del moscón es lúcida, azulada de puro negra, como la crin de los potros verdaderamente negros. No sé si por la forma y color de la flor y por el modo así abrasante, medio como a muerte, con que el moscardón se hunde en su corola, moviéndose, devorando con sus extremidades ansiosas, el polvo amarillo; no sé si por eso, en mi pueblo, a esa flor le llaman ayaq sapatillan (zapatilla de muerto) y representa el cadáver. La ponen en ramos en los féretros y en el suelo mortuorio junto a los cadáveres. Haber recordado tan fuertemente al huayrongo y esos ramos de flores y el sol de San Miguel de Obrajillo a medio crepúsculo, es un síntoma negativo. Yo estaba ya aproximándome a la vida, hasta ayer. Hoy me siento a la muerte, como decía el lunes 11. Decirlo sería, en cierta forma afirmar o dar muestras de lo contrario. Ahora, en este momento, el amarillo no solo mal presagio sino materia misma de la muerte, ese amarillo del polvo del moscón, al que tan fácilmente se mata en mi pueblo, está asentado en mi memoria, en este dolor ahora lento y feo de la nuca (ob. cit.: 25).

Es evidente como se va estableciendo las fases de la delusión o delirio, asignando al moscón todo un proceso de poderes que conducen su vida, pero él todavía se da cuenta que en su pueblo era un insecto al que podía matar con facilidad, ahora le atribuye poderes de incapacitarlo para que siga escribiendo, tomando como base el «*venenito*» que había tomado la noche anterior, ese es el punto de apoyo, pero con o sin «*venenito*» la elaboración delirante ya estaba, el proceso delusivo que lo aleja de la

realidad nuestra se manifiesta y él elabora todo su sistema delirante siempre orientado hacia la muerte.

Debe haber cierta relación entre el vuelo del huayrongo manchado de polen cemen-terial, la presión que siento en toda la cabeza por causa del veneno y ese cuento de usted, Joao (ob. cit.: 27).

Después sigue buscando y encontrando y analizando otros hechos muy simples y naturales a los cuales él les da carácter poderoso, como por ejemplo, a la salvajina o *ima sapra*, que cuelga sobre abismos.

Él sigue buscando la relación existente entre su mal y el *huayrongo* con polen y continúa centrando su acción en su encéfalo, es una evidencia clara y precisa de un proceso delirante o delusivo. Así como en la naturaleza, al referirse a la salvajina o *ima sapra*.

... vi, hermano Joao. (¿Por qué me dirijo a ti? ¿Será porque has muerto y a mí la muerte me amasa desde que era niño, desde esa tarde solemne en que me dirigí al riachuelo de Huallpamayo rogando al santo patrón del pueblo y a la Virgen que me hicieran morir, y lo único que conseguí fue que la luz del sol me entrara por la cabeza y me emparara la carne, la hiciera arder en ansias todopoderosas e inalcanzables como esas barbas de los árboles que, con el viento fuerte se sacuden causando espanto entre los animales? Hoy ya es 18, Joao, y desde ayer, desde que empecé a escribir las primeras líneas de ayer, la nuca me oprime hasta desequilibrarme (ob. cit.: 28).

Los pensamientos de muerte, las solicitudes para que se realice, las relaciones tangenciales con la naturaleza y sus poderes, y su localización en la nuca, como elemento justificatorio de la relación dual soma-psíquica.

Al referirse a la guitarra de Crispín Antolín, dice: «seguía cantando en su casa en Esperanza Baja, hasta la línea del tren que corre por el endemoniado cañón del río Santa. Tocaba en los mercados y cerca de los muelles. Oía la luz de la isla, el zumbar de la tráquea humana de donde sale el hablar de cada quien tal como es la vida».

Aquí lo importante, y revela una gran cultura psicopatológica, es cuando se refiere a: «Oía la luz de la isla». Esta es una alteración perceptual, referida a la inversión sensorial, como se ven las notas musicales, sientes los colores. Aquí Antolín oía la luz de la isla, en un claro fenómeno psicopatológico de la sinestesia.

Siempre se van hallando referencias a ilusiones perceptuales, deseos de muerte, descripciones de su depresión «Otra vez estoy en el pozo». Luego caí en un estado de postración tan lóbrego como los que me atacan en los últimos veinte años y de los que salgo cada vez con mayor agonía», compara sus depresiones con huaycos de lodo, de su triste infancia; habla de sus amigos, discípulos, distribución de sus bienes al suicidarse, como debe ser su velorio, quiénes deben pronunciar los discursos, no se

olvida de su esposa, ni de sus alumnos de quienes lo sucederán en las investigaciones, todo de manera prolija y precisa.

Conclusión

1. La lectura, reflexión de las cartas de José María Arguedas, nos presenta a un hombre profundamente ligado a causas sociales, un hombre con valores, un hombre reconocido en el plano intelectual, un hombre de ejemplo para muchos otros hombres; pero que lamentablemente no pudo escapar de las garras de la enfermedad mental. Sus relatos y lo que se conoce de su infancia nos hace ver a un niño siempre postergado, pero que pese a ello él posee una resiliencia sólida, que lo hace salir de sus «pozos», saltar sus «muros» y vivir «su felicidad».
2. Lo que sí llama poderosamente la atención es el hecho psicopatológico de haber presentado casi siempre un proceso compatible con una depresión, en este caso unipolar; la cual hoy día se conoce que tiene fuertes componentes genéticos, y en él habrían eclosionado, debido a la carencia de una red afectiva familiar, totalmente ausente; los indios por más que lo hubiesen querido y permitido no eran sus parientes consanguíneos; además era una red de soporte psíquico totalmente endeble, pues dependían todos de los deseos de la madrastra, y luego en sus viajes itinerantes con el padre biológico, sus internados en los colegios, ninguno le dio el soporte que él necesitaba; es claro que los factores sociales faltaron, los factores psicológicos faltaron y tristemente los factores biológicos.
3. También tuvo carencia completa de soportes, la enfermedad mental lo invadía invalidándolo, lo que se debe reconocer es el hecho que hubo un factor en el cual él se refugió y este evitó un deterioro grave de su personalidad. Pensamos que el «soporte» fue su gran «amor a lo andino y su arte», arte interiorizado en su infancia.
4. Desde la óptica filosófica podría afirmarse que su concepción del mundo estaba dada por el sincretismo de una débil visión materialista dialéctica del mundo y una fuerte concepción mágica del mundo andino, con una rara mezcla existencialista de la vida y la muerte que se tornaban originales debido a sus problemas psiquiátricos.
5. Por momentos, Arguedas se llenaba de entusiasmo por difundir el valor del mundo andino, que mezclado con la visión occidental, traída por los conquistadores, deberían formar una sola nación de «*todas las sangres*»; y en otros momentos, perdía el sentido de su existencia debido a las críticas de académicos que no tenían un conocimiento cabal del mundo andino, y perdía el sentido de su existencia debido a su enfermedad mental, definitivamente, no superada a pesar de los tratamientos a los cuales se había sometido.

Referencias bibliográficas

- ARGUEDAS, José María (1968). Palabras de José María Arguedas. Acto de entrega del premio «Inca Garcilaso de la Vega». Lima.
- ARGUEDAS, José María (1983). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Obras Completas, t. V. Lima: Editorial Horizonte.
- BOCHENSKI, I. (1960). *Filosofía actual*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HEIDEGGER, Martin (1983). *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TAMAYO HERRERA, José (1964). *De la Filosofía y el filosofar*. Cuzco: Universidad Nacional San Antonio Abad. Facultad de Letras y Ciencias Humanas.
- SARTRE, Jean Paul (1983). *El ser y la nada*. Traducción de Juan Valmar. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.